

FILMS
DE AMOR
MISS DESDEN



NÚM.
116

25
CTS.

Estelle Taylor - Antonio Moreno

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO IV

M.C. 911

THE WHIP WOMAN 1928

MISS DESDEN

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título. Producción
de ALLAN DWAN. Interpretada por

Estelle Taylor, Antonie Moreno
y Lowell Sherman

Versión novelesca de E. MOLDES

.....
Exclusivas "DIANA"

.....
Calle de Rosellón, 210 - Barcelona

.....
ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

NO DEJE DE COLECCIONAR
LAS EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

96 páginas de texto selecto
Profusión de fotografías
PRECIO: UNA PESETA

El Arca de Noé . . . George O'Brien
La Mujer Disputada. Norma Talmadge
Trafalgar Corinne Griffith

*Pedidos a BIBLIOTECA FILMS
Apartado Correos 707-BARCELONA*

Servimos números sueltos y colecciones completas. Previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

I

Había terminado la guerra.

En los agros de Hungría las granadas y los obuses no abrían ya cráteres que daban a los campos una fría apariencia de paisaje lunar. Las nubecillas de los "shrapnells" no manchaban la limpidez del cielo primaveral, ni los cohetes luminosos rasgaban el negro telón de sus noches. Se había extinguido el eco del último cañonazo y había cesado el tableteo ensordecedor de las ametralladoras.

La vida volvía.

La Primavera—gran artista—vertía sobre la tierra sus tubos de colores. Verdes, amarillos, rojos. Colores que aumentaban su violencia bajo la cascada de oro del sol. Aquella invasión de color borraba las huellas de los combates. Era el triunfo de la vida sobre la muerte.

Por todas partes, una alegría de resurrección, piar de pájaros, revuelo de insectos. El murmullo del arroyo y la canción del torrente. Diríase que nada había sucedido, que los cuatro años de guerra que conmovieron a Europa no habían sido más que una espantosa pesadilla.

Pero no hay que fiarse de la Naturaleza. Gran egoísta y gran indiferente. Si triunfa siempre de todos los obstáculos, es porque su egoísmo y su indiferencia la sostienen en los momentos críticos con su poderosa fuerza vital. En las trincheras, en los campos de batalla, las ingenuas margaritas, las efímeras amapolas, las hierbecillas humildes e inútiles crecían lozanas, sin importarles poco ni mucha que fuesen aquellos los dominios de la Muerte.

El Hombre, sin embargo, no había olvidado con tanta facilidad. La guerra estaba viva aún dentro de él. En sus oídos no se había extinguido el eco de las detonaciones, ni de su memoria se borraría nunca el número terrible alucinante: ¡Catorce millones de víctimas!

Además, antes del estallido mundial, el Hombre se había hecho una vida cómoda y muelle en una sociedad donde triunfaban los intereses creados. Había inventado unas palabras que él creía infalibles: Justicia, Propiedad, Dinero... Y bastaron los primeros ca-

ñonazos para resquebrajar esos pilares que parecían incombustibles. ¡Justicia, Propiedad, Dinero!... Palabras, palabras, palabras... La Ley del más Fuerte era el único lema de la Europa ensangrentada. Y cuando terminó la contienda, los que se habían librado de la matanza y se disponían a rehacer su vida, vieron con espanto que la propiedad apenas existía, que el dinero había perdido su valor...

En tal crítica situación se encontraba la linajuda familia de los Fesrenzi. Agobiado por el peso de las hipotecas, el palacio ancestral de sus antepasados se desmoronaba como débil castillo de naipes. Una mujer asistía con dolorosa serenidad al espectáculo de aquella ruina. Era la condesa Eulalia de Fesrenzi. Muy noble, muy orgullosa, parecía más alta en su vestido negro cuya larga cola arrastraba por el pavimento. En su rostro marchito brillaban los ojos con un fulgor de energía, de juventud.

Hasta hacia poco tiempo había alimentado una recóndita esperanza: la de que su hijo Miguel—hombre ya—levantase con su esfuerzo aquella mansión, cargada de blasfemias, que se derrumbaba. Pero aquella esperanza acababa de perderla.

Un criado—uno de los pocos criados que habían permanecido fieles a sus señores en la desgracia—entró en el salón donde la da-

ma se encontraba y anunció con voz engolada, como en los tiempos de las grandes recepciones:

—El señor barón de Ketzer.

Un personaje penetró en el salón. Joven aún, de unos treinta y cinco años, vestía afectadamente, con una elegancia estrepitosa, más propia de un "parvenu" que de un verdadero "gentleman". Era el barón Carlos de Ketzer un noble del país, cuyos antepasados habían sido siempre grandes amigos de los Ferenzi. Su casa solariega, sin embargo, no se desmoronaba como la de sus amigos. La guerra no le había dado ruina sino prosperidad.

Se estrecharon las manos. La condesa se apresuró a decirle:

—Le he mandado llamar, barón, porque necesito su ayuda y su consejo.

Y le enseñó una carta que entre sus manos llevaba. Ketzer empezó a leerla:

"Mamá, perdóname. Me ha faltado valor para decirte adiós... quizá para siempre."

El barón levantó los ojos de la carta y los fijó en el rostro impánsible de la condesa. Esta se limitó a decir, como si contestase a una pregunta:

—Es mi hijo Miguel.

El barón de Ketzer continuó la lectura:

"... y ahora, ese odioso matrimonio de conveniencia que quieres imponerme.. ¡No, es

demasiado! Estoy hastiado de nuestra pobreza orgullosa, de nuestros pergaminos... de todo. No sé lo que haré. La vida no tiene atractivos para mí..."

—Muy a pecho toma Miguel su matrimonio en proyecto—dijo el barón.

—Sí... Y hay que reconocer que el partido no es despreciable.

—¡De ningún modo! Elsa Haldane es bella, y además, muy rica.

—Con sus talleos de oro pensaba yo restaurar el brillo de esta casa.

—Muy bien pensado.

—Pero Miguel es un terrible romántico... Estoy inquieta; temo que haga una locura... mayor aún que la de renunciar a ese matrimonio.

—Creo que podré encontrarle—respondió Ketzer, mirando detenidamente el sobre de la misiva—. El pueblecito donde ha escrito la carta pertenece a mi provincia.

—Inténtelo usted, barón, se lo ruego... Otro motivo más de agradecimiento que tendré para con usted.

—Señora, es para mí un placer el poder serle útil.

Trasladémonos al agro. Al agro que describimos al principio de esta novela todavía roto por los cascos de la metralla.

A lo lejos, el pueblecillo húngaro que en otro tiempo había pertenecido al feudo de los Ketzer, alzaba tímidamente los tejados de sus casitas y la torre de su iglesia. Más cerca, el campo se bañaba en la luz de la tarde abriéña.

A primera vista, nada turbaba la paz de la campiña. Pero fijándonos más, se advertía, en la lejanía, la silueta de un arado que avanzaba penosamente, abriendo surcos en la tierra endurecida. Tras él, látigo en mano, una figura humana. ¿Un hombre? ¿Una mujer? Difícil sería precisarlo... Su traje era masculino: botas altas, pantalones bombachos, jubón bordado, sombrero de fieltro... Pero bajo las alas del sombrero, como alirón al viento, flameaba una cabellera femenina.

Era una mujer: la campesina Olga. Para ella no había pasado la guerra. Como en los días en que faltaban hombres para las labores agrícolas, seguía trabajando rudamente en el campo, mientras las otras muchachas de la aldea volvían a encontrar, en la paz de los hogares, las agujas, las ruecas, los bastidores olvidados.

Olga era una mujer fuerte; más que fuerte, bravía. Al ver el desprecio con que trataba a los hombres—a todos los hombres—, un turista inglés que por allí pasara la había llamado "Miss Desdén". Y desde entonces "Miss Desdén" había sido para todos.

Avanzaba lentamente, muy lentamente; atenta sólo a las líneas rectas que la cuchilla de su arado dibujaba en la tierra. De pronto, de entre la fronda vecina surgió la cabeza de un hombre. Una cabeza de aldeano, tosca y dura, en la que los ojillos tenían una mirada maliciosa y la boca una sonrisa socarrona. Debía de contemplar desde hacía tiempo a la muchacha, oculto en la espesura, como un fauno de los bosques de Pan. Su mirada se trocó de maliciosa en lasciva. Y, cuando el arado pasaba frente a él, con un salto de tigre salió de su escondite y se precipitó sobre la muchacha, intentando abrazarla, besarla.

No hizo más que intentarlo. Miss Desdén tenía larga la mano y, lo que era mucho peor, en la mano tenía un látigo. El pobre aldeano lo sintió una y otra vez enroscarse a su cuerpo, arrancándole alardos de dolor. Trató de huir, pero el látigo se le enlazó a las piernas, haciéndole caer. Y una, y otra, y otra vez cayó sobre él, hasta que, arrastrándose como un reptil, pudo el infeliz guarecerse en la espesura de donde había salido.

No llegó hasta allí el látigo de Olga, pero sí su voz, descompuesta por la ira:

—¡Pruébalo otra vez, canalla! ¡Pruébalo!... ¡Aún no ha nacido el hombre que pueda vanagloriarse de haberme besado!

¡Probarlo otra vez! ¡Cualquier día!... El

aldeano sólo pensaba que tenía unos pies y que los pies eran para correr...

Aquella noche, en el mesón del pueblo, que hacía las veces de café y bar, Olga triunfa ba en toda la línea. Todos los Romeos de la aldea habían puesto en ella sus ojos y sus manos; y todos tenían alguna señal de su látigo en la piel. Por eso la respetaban como a una Emperatriz y acataban servilmente sus órdenes, rendidos y miedosos. ¡El látigo es una razón indiscutible!

En aquellos instantes, un hombre entró en el establecimiento. No era un gañán de aquella aldea ni de alguna aldea vecina. Era todo un caballero. Correctamente vestido, pero en toda su persona un sello de abandono, de tristeza, de renuncia, que impresionaba. Se adivinaba en él un drama íntimo, hondo y silencioso.

Entró sin advertir siquiera el bullicio de fiesta que reinaba en el local, y derechamente se fué al mostrador. Pidió de beber. Olga bailaba en tal instante ante sus admiradores incondicionales, y en uno de sus giros tropezó—tal vez intencionadamente—con el recién llegado, derramándole por el suelo el contenido de su copa.

Con los ojos llameantes, el desconocido la sujetó por un brazo con fuerza y le gritó:

—¡Imbécil! ¡Me ha echado a perder el último minuto de mi vida!

Ella, forcejeando por desasirse, respondió:
—¡Suéltame usted... o será, en efecto, el último minuto de su vida!

Por toda contestación, el forastero la sujetó por el talle y la besó en la boca. Aquello fué la chispa que provocó el incendio. Todos aquellos hombres que en el mesón se hallaban y que, separadamente, no serían capaces de hacerle frente, cayeron sobre él como fieras, envalentonados por el número. Bien pronto el caballero se dobló a la fuerza de los golpes y cayó al suelo, rendido, exánime. En vano Olga, empuñando el látigo, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Cobardes! ¿Creéis que os necesito a vosotros? ¡Yo sola me basto para hacerme respetar!

Fué preciso que el látigo cayese sin piedad sobre las espaldas de aquellos pobres diablos para que se decidiesen a soltar a su presa y la arrastrasen hasta el exterior, dejando sobre el camino aquel cuerpo que parecía sin vida.

Después volvieron a entrar, y bien pronto se reanudó la fiesta. Olga, riendo, gritaba ahora:

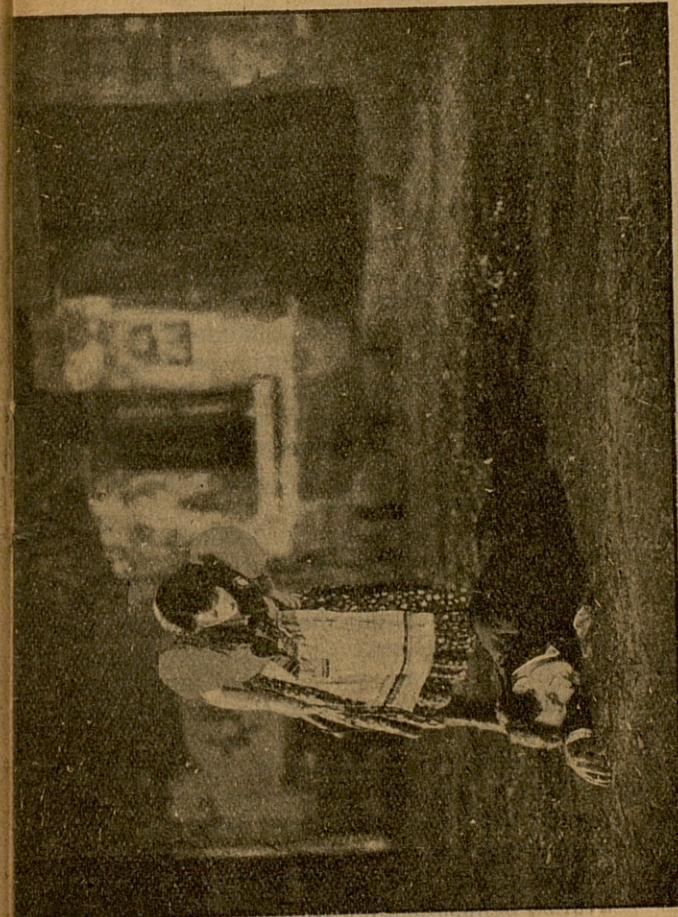
—¿Va ese desgraciado a turbar nuestra alegría? ¡A bailar, muchachos!

II

El lector habrá adivinado que el caballero que había llegado al mesón no era otro que el conde Miguel de Ferenzi, hijo único de la orgullosa dama que sólo con él contaba para dorar de nuevo sus blasones. Romántico incorregible, vivía fuera del mundo y de la realidad. ¿El dinero? Si, muy interesante el derrocharlo, el verlo rodar alegremente, el ponerlo en manos miserables para remediar miserias y dolores... Pero, ¿arrastrarse vilmente para conseguilo, prostermarse humildemente ante el Becerro de Oro? ¡Eso sí que no! ¡Antes morir!

Por eso Miguel de Ferenzi había huído del solar de sus mayores, para no verse a sí mismo vendido por unos talegos de áureas monedas. Por eso, desorientado, descentrado en un mundo hostil, había hablado hacia poco del "último minuto de su vida".

Ali estaba, tendido en medio del camino, molido y maltrecho, como don Quijote después de una de sus singulares aventuras. Allí



seguía sin fuerzas para levantarse, ni siquiera para variar de posición, cuando, terminada la fiesta, salieron los "valientes" que le habían vapuleado. Su única ambición, dormir, morir...

Se cerró la puerta del mesón. Se apagaron las luces. Olga acababa de salir.

Había olvidado completamente al infeliz que la había besado y que tan caro había pagado su atrevimiento. Cuando lo vió allí en el suelo, su alma femenina se despertó y se inclinó a su lado para ayudarle.

—¿Qué tiene usted? ¿Está usted herido?

—Déjeme en paz!—respondió él con rabia—. ¡Nada tengo que hablar con mujeres de su calaña!

—¡Merecía usted que le obediese y le dejase morir aquí como un perro!

Intentó levantarla, pero no pudo. Miguel, con una voz en que había más dolor que ira, le suplicó:

—Si de veras quiere usted auxiliarme, ayúdeme a llegar hasta el río... y empújeme cuando esté en la orilla.

Naturalmente, Olga no le hizo caso. Lo que si hizo fué reunir todas sus fuerzas para ponerlo en pie, y una vez conseguido esto, pasándose uno de los brazos de él sobre sus hombros y sujetándole bien por la cintura, avanzó penosamente a través de la aldea dormida hasta llegar a su casa.

¡A su casa! Jamás la planta de un hombre se había posado en las habitaciones de Miss Desdén, de aquella virgen bravía y fuerte como una walkyria. Si alguno lo hubiera intentado, su látigo habría silbado en el aire y habría caído implacable sobre el cuerpo del audaz. Pero ahora, un sentimiento nuevo, muy femenino, despertaba en la muchacha: el sentimiento de la piedad.

Entró, pues, Olga en su habitación, y, con un último esfuerzo, ayudó al tundido caballero a colocarse en su propio lecho, a pesar de sus protestas. Después, ella se tendió en el suelo y apagó la luz.

Por la mañana, Miguel de Ferenzi se hallaba en perfecto estado de salud, solamente un poco dolorido de la paliza de la víspera. Lo que se encontró al despertar fué con una terrible novedad: ¡estaba en paños menores! Su traje, su sombrero, todo se había evaporado. Se incorporó en la cama y le preguntó a Olga:

—¿Qué ha hecho usted de mi ropa?

—No fué sólo la cabeza lo que perdió usted anoche—le respondió ella con sorna, como dando a entender que podía desechar toda esperanza sobre el particular—. Lo malo es que hay que proporcionarse ropa nueva, y no hay en todo el pueblo un hombre al que le sobren unos pantalones.

Era un verdadero conflicto. Miguel de Fe-

renzi no sabía si debía echarse a reír o tomar la cosa por lo trágico. Se inclinó a lo primero, recordando que Olga distaba mucho de ser manca y que el látigo estaba al alcance de su mano. La dejó hacer. Ella buscaba por todos lados una prenda que sirviese para poner a su huésped un poco presentable; pero lo único que encontró fué una bata de señora, cómoda y holgada. Como no había donde elegir, Miguel no tuvo más remedio que cubrir su cuerpo con aquella prenda, que, a juzgar por sus dimensiones, debió haber pertenecido a una dama de respetable humanidad.

En la mesa, situada en el centro de la pieza, el desayuno, preparado por Olga al levantarse, se ofrecía como una tentación. Miguel no se hizo rogar y se sentó a la mesa con su protectora. Y mientras ambos untaban de mantequilla las tostadas, la muchacha le preguntó:

—¿Cómo es que un joven bien parecido como usted quería quitarse la vida... cuando tantos feos se mueren de vejez?

—La guerra me arruinó... Vi en las trincheras lo poco que vale la vida... y pensé que era más cómodo morir...

—Yo voy a velar por usted desde ahora... si usted me deja, se entiende...

—Le debo el estar aquí, saboreando este

desayuno... Puede usted disponer de mí a su antojo.

—Entonces hoy mismo empezará usted a trabajar en la posada. No hay nada como el trabajo para no pensar en tonterías.

III

Y así fué.

El conde Miguel de Ferenzi olvidó sus pergaminos mohosos, su palacio que se derribaba bajo el peso de las hipotecas, el brillo de su ilustre ascendencia... y se hizo mozo de posada. Encontró, en cambio, la alegría de vivir. Y de amar. Olga seguía siendo con todos la fierecilla indomable que respondía a las caricias con el látigo. Pero con él se iba mostrando, al correr de los días, cada vez más dócil, cada vez más sumisa, cada vez más enamorada. Y, muellemente reclinados en el regazo del amor, los dos creían estar en posesión de la felicidad.

Pero un día...

Había transcurrido una semana desde su

conocimiento. Era el cumpleaños de Olga y, con ese motivo, en la posada debía celebrarse una fiesta. Miss Desdén y Miguel andaban todo el día atareadísimos arreglando la posada para que resultase digno marco de tal solemnidad. Mientras trabajaban, retozaban. Y así, el trabajo antes era placer que castigo.

En un momento de descanso, hallándose los dos solos en la sala de la posada, Miguel le suplicó a la joven:

—¿No querrás darme un beso, Olga?... Creo que así enterraría definitivamente el pasado...

Era tan humilde la súplica, y tan dulce también, que la muchacha no supo negarse. Y, creyéndoselos, sin testigos importunos, se besaron.

En aquellos momentos una voz irónica pronunció estas palabras:

—Parece que ahora no desdeña usted tanto a los hombres. ¿eh, Olga?

Se volvieron rápidamente hacia el sitio donde sonaba la voz. En la puerta, muy sonriente, visiblemente regocijado por la turbaición de los jóvenes, estaba el barón de Ketzer. Olga trató de sonreír también, reconociendo inmediatamente el caballero cuyo castillo se alzaba en las cercanías de la aldea. Miguel palideció. El barón representaba para él todo su pasado, la vida que había aban-



Se volvieron rápidamente...

donado voluntariamente y de la que no quería volver a acordarse...

Ketzer, después de saludar gentilmente a Olga, se acercó a Miguel, fingiendo no reconocerle:

—Si no recuerdo mal, creo haberle visto a usted antes de ahora...

—Sin duda en alguna parte tuve el honor de servir al señor barón... como camarero —respondió el conde, sin inmutarse.

—¿Y ahora, al parecer, su misión es servir a Olga?

—Esa es mi misión, en efecto, Excelencia... y pienso cumplirla hasta el final.

—¡Mi enhorabuena entonces, señor... camarero!

Y, ocultando su despecho con una sonrisa diplomática, el barón de Ketzer salió de la posada. Apenas la puerta se había cerrado tras él, cuando Olga corrió hacia Miguel:

—Me has engañado, Mishka... Tú eres más de lo que me has dicho... el barón te ha tratado como a un igual...

—¡Sueñas, Olga! Te aseguro que no he visto en mi vida al señor barón.

Se olvidó el incidente. Y Olga y Miguel, cogidos de la mano, siguieron avanzando por el camino florido del amor. A veces se detenían en un recodo. Y hablaban.

—A ti te debo mis primeros días de felicidad desde la guerra, Olga—decía Miguel—. ¿Sabes lo que pienso a veces?... Que tú no me salvaste, que morí realmente y que ahora estoy en el Paraíso...

—Sí... has ido todo como un sueño... Pero algún día tendrás que volver a tu casa.

—Yo no tengo casa, Olga... Mi único hogar está en tu corazón.

—¿Me querrás siempre, Mishka?

—Por toda la vida... y más allá de la vida. Y como las cosas marchaban sobre rieles, llegó el día de la boda.

¡Gran solemnidad en la aldea! ¡Olga, la

terrible Miss Desdén, la mujer que había dejado señales de su látigo en la piel de todos los hombres, se casaba! ¡Inaudito!

Y de las arcas salían las ropa bordadas que las gentes se ponían solamente los domingos, para ir a la iglesia, y los días de Fiesta Mayor. Y corría la cerveza sin tasa, alegrando o entristeciendo los ojos de todos los amantes desdeñados de Miss Desdén. Y se desenfundaban violines y flautas destinados a poner un ritmo melódico en el cortejo nupcial.

¡Gran día! ¡Día inolvidable!

IV

Pero allá lejos, en el palacio de los Ferenzi, se iba formando una nube amenazadora.

Sentadas frente a frente, en la vasta sala que ya conocemos, se hallaban la orgullosa condesa y la joven que aspiraba a ser su nuera, Elsa Haldanes. Hablaban. Y, naturalmente, hablaban de Miguel.

Elsa tenía la palabra, y una cólera contenida ponía en su voz un ligero temblor:

—Usted me dice siempre que Miguel volverá a mí... pero la realidad dice todo lo contrario.

Iba a contestar la condesa, pero no pudo. El barón de Ketzer acababa de entrar, y después de saludar a las dos damas como pudiera hacerlo un abate de Versalles, dijo a la de más edad:

—Su joven romántico, señora, se ha dejado de romanticismos y no parece pasarlo muy mal al lado de una encantadora muchacha...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que nuestro Miguel, convertido por obra y gracia del amor, en mozo de posada, está enamorado de una campesina y, según mis noticias, hoy piensa casarse con ella.

—¡Pero eso no se puede tolerar!

—Lo mismo creo yo. Y, por si usted quiere impedirlo, he traído mi coche para que vayamos sin pérdida de tiempo al "lugar del suceso".

Unos momentos después, el auto de Ketzer volaba hacia la pequeña aldea, llevando en su interior a la condesa, a Elsa Haldane y al barón. Cuando llegó, se organizaba la comitiva. El novio, rodeado de todos los mozos del lugar, esperaba a la novia para encaminarse juntos a la iglesia.

La condesa y el barón se apareon del auto,

entre la expectación de la muchedumbre congregada allí, y subieron a las habitaciones de Olga. El barón hizo las presentaciones:

—Esta señora es la madre de Miguel... y viene a llevarse a su hijo...

Olga adivinó repentinamente que eran ciertas sus sospechas, que Miguel no era de su clase, sino de una clase superior que ella estaba acostumbrada a mirar con respeto y consideración. El gesto irónico del barón no le inspiraba mucha confianza y corrió hacia la condesa, con la esperanza de entenderse mejor con ella:

—¿El señor barón me engaña, no es verdad, señora? ¿Verdad que no viene usted a llevarse a Miguel?

—El señor barón ha dicho la verdad.

—¡No, no se lo llevarán ustedes! ¡No le dejaré volver a una vida que le hizo pensar en el suicidio!

—¡Un suicidio es lo que él está tratando de hacer ahora!

No se entendían. Eran dos puntos de vista diametralmente opuestos. El barón se creyó en el caso de intervenir, y le dijo al oído a la condesa:

—Esa muchacha es una cabrita salvaje... Déjeme usted que yo la hable a solas.

Salió la condesa, con su empaque de reina, y el barón se acercó a Olga, que, pasado su acceso de ira, lloraba en silencio:

—Si usted ama verdaderamente a Miguel, no debe obligarle al sacrificio de renunciar a todo lo que le ofrece su mundo...

Había tocado una cuerda sensible. Lo comprendió así Ketzer, y añadió:

—Es usted quien debe sacrificarse... De lo contrario, él acabaría por aborrecerla... y usted por odiarse a sí misma.

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Muy sencillo: huir. Yo pondré a nombre de usted un establecimiento de bebidas en Budapest, y allí, en aquel ambiente, olvidará usted pronto...

—¿Cree usted que se puede olvidar tan fácilmente? Yo quiero a Miguel... y si me decido a hacer lo que usted dice, será... porque le quiero. Voy a hablar con él... a despedirme...

—Lo mejor es que no le diga usted nada... El no consentiría nunca su sacrificio. Escríbale usted y márchese ahora mismo.

—Pero yo no sé escribir, señor barón...

—Es lo mismo. Lo haré yo por usted.

—Dígale todo lo que sucede... dónde estaré... y que le querré siempre...

El barón se sentó a la mesa y escribió unas líneas en el reverso de una tarjeta. Después salió con Olga.

Unos momentos después, Miguel, que fer-



— ¿Porque sufres por una mujer indigna de ti?

minaba de vestirse sus ropas de novio entre sus amigos, recibía, como un rayo, la tarjeta de Ketzer. Decía así:

“Siento causarle un disgusto, Miguel, pero Olga ha decidido marcharse conmigo. Espero que se consolará usted pensando que las mujeres son veleidosas.”

“Carlos de Ketzer.”

En conde de Ferenzi tuvo un arrebato de rabia y se precipitó hacia la puerta, gritando: —¡Qué miserables! ¡Los mataré a los dos!

Sus amigos le impidieron salir, y se echó de bruces sobre la mesa, llorando como un niño. Lloró tanto, que se quedó dormido. Cuando se despertó, su madre estaba a su lado. Y, todavía no despierto del todo, oyó las cuerdas pálidas maternales:

—¿Por qué sufres por una mujer indigna de ti, Miguel?... Elsa ha venido conmigo... te está esperando...

No tuvo fuerzas para protestar, para resistir. Y se entregó.

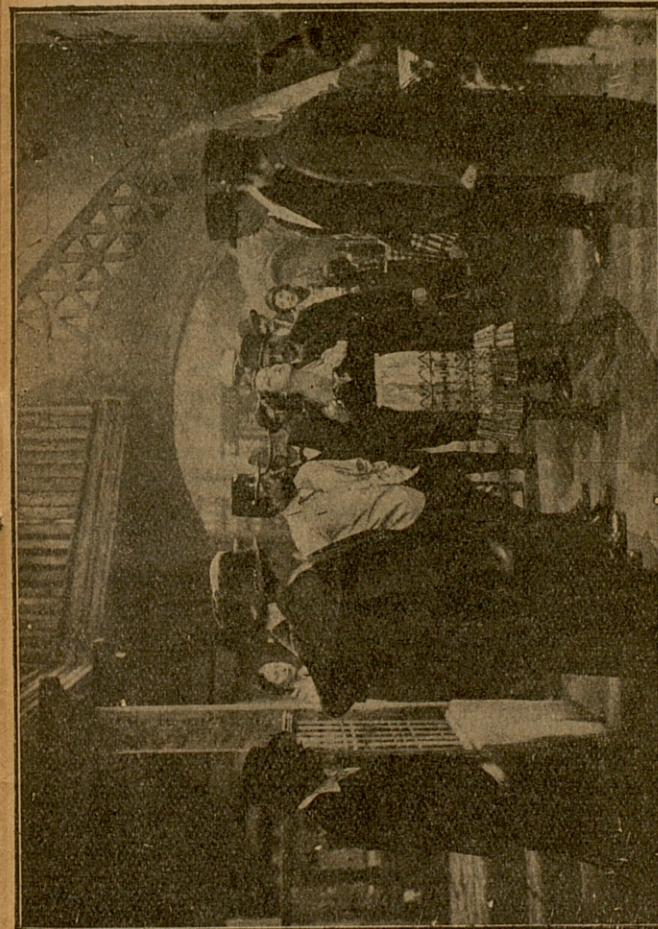
—Has vencido, mamá... Yo no podré ser nunca feliz, pero al menos podré hacer tu felicidad...

V

Budapest.

Ciudad risueña y romántica. Ciudad de pasiones violentas, que explotan como bombas bajo el triunfo del sol.

En un barrio apartado, barrio que los buenos burgueses miraban con cierto temor, había una taberna, donde, atraídos por la be-



— ¡Esta es mi casa gentuza!

llezza de su dueña, acudían cada noche hombres de catadura no muy tranquilizadora y de profesiones casi siempre inconfesables. Era una de esas tabernas que tolera la policía en las grandes ciudades, para que sirvan como "atracción de forasteros", cuidan eso sí, de dar de vez en cuando alguna batida a fin de mantener a raya a sus parroquianos.

Inútil nos parece decir que la dueña de aquella taberna era Olga; pero una Olga distinta de la que conocimos, sin aquel sello de ingenuidad que ponía un matiz amable hasta en sus crisis de cólera. Una Olga que se reía de los hombres, que los despreciaba, complaciéndose en enardecerlos, para arrojarles luego el hielo de su desdén.

Cierta noche, un guía de la ciudad llevó a aquella taberna un grupo de gentes distinguidas, de las que, de tiempos en tiempo, caían en los barrios extremos de la urbe, en busca de "color-local". En aquel grupo figuraban Miguel de Ferenzi y su prometida, Elsa Haldane.

Vió Olga a Miguel, y, bien ajena de pensar el concepto que de ella tenía formado su antiguo novio, corrió hacia él, risueña y feliz. Miguel la recibió con una mirada fría:

—¿Cómo es que trabajas aún? ¿Entonces Ketzer no es generoso?

—Sí, lo es... Fué él quien me regaló este establecimiento.

Viéndoles hablar, Elsa, despechada, se acercó a Miguel:

—¿Vuelve a encenderse la antigua llama, Miguel?

—Sí... una llama de desprecio por la mujer que tuve la debilidad de querer un día.

Y, antes de que nadie pudiera evitarlo, arrojó al rostro de Olga el contenido de su copa. Ella saltó como una leona, mientras que los hombres que había en el local avanzaban despacio hacia el grupo de aristócratas, en actitud amenazadora. Miss Desdén los contuvo con un gesto. Y dirigiéndose a los elegantes, les gritó:

—¡Esta es mi casa, gentuza! ¡Fuera todos de aquí!

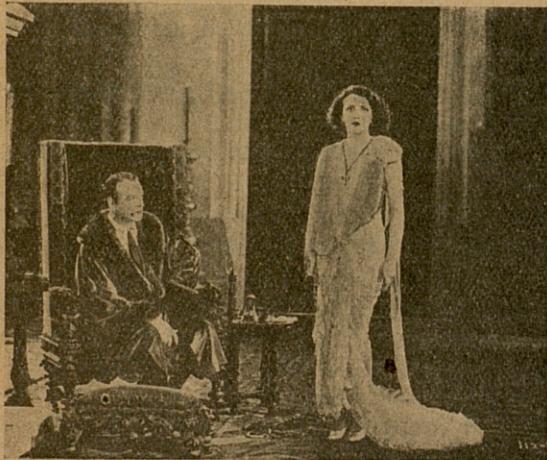
Y como remoloneasen, añadió, ya fuera de sí:

—Si se quedan ustedes un minuto más, les juro que no saldrán de aquí con vida!

Cuando todos hubieron salido, Olga se volvió a sus amigos:

—¡A bailar!... ¡Habrá un premio para el vencedor!

Y todos aquellos hombres, enardecidos por la promesa, bailaron como locos. Pero aquello era poco aún para la rabia que ardía en el alma de Olga. Y gritó con más coraje:



Y en el transcurso del tiempo...

—¡Luchad por mí!... ¡Seré la mujer del más valiente!

Salieron a relucir las navajas, Y en aquel momento se abrió la puerta de la calle, y en el marco apareció la figura de Miguel de Ferenzi. Las navajas se dirigieron hacia él. Pero Olga gritó:

—¡No le toquéis... me pertenece a mí!

Y subió a sus habitaciones seguida de Miguel.

Los dos solos, frente a frente, la explicación no fué muy duradera. Olga rabiosa aún

por el desprecio que había recibido, le increpó:

—¡Te odio.. te aborrezco!

Pero Miguel le dijo humildemente:

—Al salir de aquí fuí a ver al barón con intención de matarlo... pero el miserable me dijo la verdad, y he vuelto a pedirte perdón.

—Pero yo no puedo olvidar tu desprecio... Es imposible una reconciliación entre nosotros...

Miguel empuñó el látigo que cerca de él estaba, y, riendo, contestó:

—¿Vas a obligarme a echar mano de esta razón... contundente?

El hielo estaba roto. Y Olga y Miguel se abrazaron y se besaron como en los días felices de la aldea.

EPILOGO

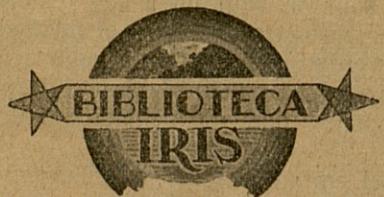
Y en el transcurso del tiempo, pudo verse la felicidad de Olga y su rendido Miguel, vivir una vida nueva, cambiando por completo las maneras de aquella mujer vulgar, convertida en una princesa de sueños de oro.

FIN

FIN

SEÑORITA !!

Pronto aparecerá
el primer tomo de



esta será su lectura predilecta

CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,
llena de sublime sacrificio.

UNA peseta tomo 96 páginas
de texto selecto

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

ATENCION!!

NO DEJE DE LEER

*Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano*

30 céntimos

Lo que dicen las pantorrillas

30 céntimos

*La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"*

30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad pídalos hoy mismo, acompañando el importe en sellos de correo, remitiendo cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona